

Salerno, al través de altas montañas erizadas de castillos. Parecíame ver aquellos nidos de águila de las orillas del Rhin desde donde los altos barones de la comarca estendian hasta lo lejos su potente señorío. Hoy solo quedan los recuerdos de la pasada valentía y uno que otro cadáver de piedra.

“Desde *la Cava* hasta *Vietri*, ofrece el paisaje una série no interrumpida de cuadros sublimes

“Al salir de *Vietri* ví el golfo de Salerno á mis piés. A un lado está Amalfi, patria del célebre *Flavio Gioja*, inventor de la brújula; Amalfi, república poderosa y guerrera en la edad media, ciudad antaño floreciente, que envió legiones de cruzados á la Tierra Santa, y hoy no es mas que una pequeña aldea

“Enfrente, y del otro lado del golfo, está *Pæstum*, la *Grande Grecia*

“A mi frente está Salerno, la capital escogida por el ilustre Roberto Guiscardo. Su puerto fué comenzado, segun dice la inscripcion, por *Juan de Procida*, el hombre de las Vísperas Sicilianas. Allí vivió el padre del *Tasso*, autor del *Amadis de Gaula*. Allí tambien está enterrado Gregorio VII, otro Pontífice fugitivo de Roma. Su vida fué un largo combate. El mismo se compuso el siguiente estraño epitafio:

“*He amado la justicia, he detestado la iniquidad, y por eso muero en un destierro.*”

“El caballero Valia, intendente de Salerno, hábil administrador y realista ardiente, me abrió las puertas hospitalarias de su casa. Estreché su mano con efusion y positivo placer, porque era para mí la de un hermano, pues conocia su profunda y sincera adhesion á su patria y á su rey. Estábamos formados para entendernos, es decir, para amarnos mutuamente.

“Heme por fin en *Pæstum*. Estoy en el templo dedicado en otro tiempo á Neptuno. Sentado en el roto capitel de una de sus columnas, contemplo sus admirables pórticos y sus cornisamentos indestructibles, que parecen haber cansado al tiempo.

Por un lado descubro á lo lejos las montañas pintorescas de *Capaccio*, y por el otro está el mar, cuyas ondas oigo murmurar tristemente al estrellarse contra la playa vecina.

“En torno mio hay una vasta llanura, donde se alzaba orgullosa en los pasados tiempos una ciudad opulenta: hoy no es mas que un desierto, un campo árido y agostado.

“Nada mas imponente, ni mas triste, ni mas solemne, que los restos del poder y la gloria en medio del silencio de la soledad y la muerte! Un sol brillante dora con su lumbré el pacífico monumento desde donde *treinta siglos* tambien hubieran podido contemplar al gigante de las batallas, si hubiera ido allí como á las Pirámides, con sus formidables ejércitos.

“¡Ay de mí! Ese hombre ha desaparecido tambien, con las grandezas de su época, y él tambien no ha dejado mas que ruinas. . . . ¡*Ruinas!* ¡y es posible que todas las cosas sublimes de la vida, todas las maravillas del arte, todas las creaciones del genio en esto hayan de venir forzosamente á rematar! . . . ¡y es posible que todo acabe en *ruinas!*”

“¡Cuán hermosas é imponentes son las numerosas columnas estriadas de los templos de *Pæstum*, con sus diez y ocho piés en contorno y su doble hilera por uno y otro lado del santuario! . . . No se encuentra allí, á decir verdad, la esbelta elegancia de las construcciones de Aténas y la Grecia; pero se admira su fuerza. Allí está la magestad, allí el vigor, allí la eternidad.

“En la época en que la Grecia antigua envió á *Pæstum* sus primeras colonias, levantó los templos de Neptuno y Céres que aun se ven hoy dia. Su gobierno era, de conformidad con las ideas de Pitágoras, una república aristocrática con las instituciones de la democracia. Despues quiso la democracia derribar la dominacion aristocrática, porque siempre ha habido los mismos pensamientos y las mismas luchas en todas las naciones.

“Pero llegó un dia en que las poblaciones de *Cilento*, salidas de sus montañas, con el deseo de restituir la libertad á la patria

triunfaron del poético extranjero que habia venido á arrojar sobre sus playas el maravilloso pais del autor de la Iliada.

“ Despues vinieron á precipitarse sobre ellos los sarracenos de España y los moros de Africa; y en medio de todas estas conmociones políticas desapareció la gran ciudad.

“ ¡ Oh ! no hay duda que el tiempo es un gran destructor ; pero ¿ qué es el tiempo comparado con el hombre ? El uno necesita de años y aun de siglos para destruir, en tanto que al otro le basta con un dia ó con algunas horas.

“ Aun se ve la muralla fortificada que rodeaba la ciudad de los griegos ; está derruida por todas partes y no subsisten mas que los cimientos, de los cuales se desprenden aun acá y acullá algunos vestigios de torres y puertas. Son los restos de una primera civilizacion que ya acabó. ¡ Ah ! ¡ No saludarán dentro de pronto, gracias á nuestros revolucionarios, la caida de una segunda civilizacion que ya se va ?

“ Cerca del templo de Neptuno está un palacio con columnatas donde se reunian los legisladores de aquel tiempo, discípulos de Pitágoras. Estaba yo mirando el lugar donde se habia levantado su tribuna. Ellos tambien habian venido allí con sus pasiones políticas y sus ensueños de progreso. Allí sin duda se profesaron tambien doctrinas á la *Proudhon*. Acaso no hubo quien se atreviese á decir con el moderno cinismo que *la propiedad es el robo* ; pero ¿ quien va á saber si no habia quien así lo pensase tácitamente entre aquellos insensatos ? No hay duda que Pitágoras pensó en el comunismo, porque el comunismo pertenece á los tiempos mas remotos. Su origen se pierde en los siglos de barbarie : es mas viejo que los pilares arruinados de Pœstum, donde nadie vive ni se agita en el dia si no son las yerbecillas que el calor del sol hace brotar entre las hendeduras del edificio y que se mecen al soplo del viento.

“ Hoy dia no se oye en aquellos pórticos desiertos mas ruido que el del ave de los mares al volar descuidada por aquellas prestigiosas soledades : ni hay mas habitantes que el lagarto de do-

rada y verde piel que se desliza por entre las grietas del templo. Vagaba yo en silencio como él. Contemplaba en muda admiracion aquellos capiteles y arquitecenas ceñidos por el hálito de la primavera con hechiceras guirnaldas de flores salvajes, que aun desafian á la vez el calor de los estíos y el frio de los inviernos....

“ Acerquéme á un sepulcro vacío y me incliné para mirar el interior de aquella antigua tumba. Habia brotado allí un rosal y le arranqué una hoja. ¡ Una rosa en un sepulcro !

“ A mis piés brotaba el acanto, esa hoja elegante que el orden corintio ha imitado de la naturaleza. Estaba yo en el santuario del templo de Neptuno, y de buena gana me habria arrodillado sobre el pavimento que habian pisado sus sacerdotes. Y ¿ por qué no habia yo de poder dirigir una plegaria al cielo desde aquel sitio donde otras almas imploraron bajo otros nombres al árbitro Soberano del mundo ! Aun no se habia aparecido á la tierra el divino Redentor de la humanidad, cuando se engañaba la piedad del hombre acerca de la ruta que debia seguir.

“ Salí despues del templo ; y me enseñaron á lo lejos la casa en otro tiempo habitada por *Carducci*, aquel famoso revolucionario que so pretesto de la política espantó al pais por largo tiempo con sus salteamientos de libertad. La casa de este hombre de sangre estaba enfrente de un templo de la Paz (1) !

„ Andaba yo por la tierra donde antaño una colonia entera de Sibaritas ostentaban su lujo y su molicie, donde esos hombres de placer y voluptuosidad no podian dormir si el canto lejano del gallo heria su oido ó bien se habian doblado algunas de las hojas de rosa que perfumaban su lecho. Dos veces he pronunciado el nombre de esta flor. ¿ Dónde están, pues, las rosas de Pœstum, esas rosas tan celebradas por los poetas antiguos ? Tenia necesidad de respirar su perfume, porque allí debia de haber pa-

(1) El hábil arqueólogo Bonucci ha descubierto los cimientos de este templo.

ra mí, recuerdos, armonía y suavidad. . . . y sin embargo, ¿quién lo creará? en ciertas épocas del año corre bajo aquel cielo puro y arrobador un anatema invisible: la terrible *malária*. Las blandas brisas del mar no estienden entonces á lo largo de aquellas playas, sino hálitos emponzoñados. ¡Ay! ¿Con que es la muerte siempre inseparable de todos los goces, de todas las admiraciones, de todas las remembranzas? La muerte, que no respeta las piedras; pero que no puede matar el genio, la muerte es la gran figura eterna que viene siempre y en todas partes á levantar su cabeza fatal!”

Con grande sentimiento salí de Nápoles en Agosto. Una vez conocida esta ciudad, no puede uno concebir la idea de abandonarla, y al separarse no es posible aceptar el pensamiento de no volver á ella.

Poco tiempo despues llegaba yo á Roma. ¿Cuántas descripciones tenia que hacer en esta última ciudad! ¿Cuántas maravillas iba á tener que pintar! Pero en Roma, lo mismo que en Nápoles, en Palermo, Florencia, Parma, Venecia, Pavía, Milan, Génova y Piamonte, lo mismo que en todas las grandes ciudades de la Península por donde he pasado, siempre me he apartado de la lira del poeta para tomar solamente la pluma del historiador.

Visité sucesivamente todos los teatros de los acontecimientos políticos mas dignos de atencion. Las chancillerías de todos los estados me abrieron sus archivos, y en ellos recogí los documentos mas auténticos. Allí recogí biografías que hasta la fecha eran desconocidas, y allí tambien me hicieron confidencias las mas íntimas.

Ví á Bolonia, patria de los famosos pintores Güido, Domini-
quino, Albano y los tres Correggios, y solamente lancé una mi-

rada sobre sus dos torres, una de ellas muy semejante á la inclinada de Pisa, porque me encaminé hácia Módena, ciudad célebre en la historia por haberse refugiado en ella Bruto, despues de la muerte de César.

En seguida fuí á Parma. El comandante de aquella ciudad era el general Crotti, antiguo valiente de los ejércitos de Napoleon, y oficial de la Legion de Honor, cuya lealtad á sus soberanos se habia hecho muy notable durante la última revolucion. Vino á verme á la posada á donde habia ido á parar, y me condujo á la deliciosa residencia de la Señora duquesa de Parma, conocida con el nombre de *el Casino de los bosques*. Su Alteza Real me estaba aguardando allí, y tuve la dicha de pasar algunos dias en su compañía.

Fuí despues á examinar con atencion las famosas plazas fuertes que representaron un papel tan principal en la guerra de independencia, á saber: Mantua, Verona, Peschiera, Plasencia, Padua, Cremona, &c., y por último llegué á Venecia.

¿Venecia! ¿Cómo podré estorbar á mi pluma una sola palabra descriptiva de la ciudad de los cuatrocientos canales, de la ciudad única en esta tierra! ¿Cómo podré echar en olvido las pasadas glorias de esta Señora de las aguas! ¿Cómo no recordar que el estandarte del Leon de San Márcos habia flameado triunfante en 1204 sobre los muros de Bizancio! ¿Cómo des-
echar la memoria de que al solo nombre de Venecia, y cual un saludo á aquella irresistible conquistadora, habian abandonado el Oriente todas las maravillas de las artes para coronarla con sus inmortalidades?

¿Por ventura no habia domeñado las naciones mas arrogantes aquella grande república antidemocrática, gobernada por un dux, en la cual todo lo era el poder de los patricios y nada el derecho popular? ¿Por ventura no habia empuñado su mano *el tridente de Neptuno*, llamado en un verso célebre *el cetro del mundo!*

¡ Cuán grande fué mi interes al recorrer aquella ciudad maravillosa ! “ *La plaza de San Márcos, decia Napoleon, es un salon que por bóveda puede tener solamente al cielo.* ” Mas ; ay de mí ! No es ya Venecia la espléndida capital del Adriático : nuevos golpes ha recibido con el último sitio, en el cual sin embargo la ha ilustrado todavía el valor de sus hijos. El Leon de San Márcos ha plegado sus alas ; y no es ya Venecia la *Palмира de los mares.* No importa ; protegida por sus recuerdos que nunca pueden perecer y por sus admirables obras maestras, siempre es Venecia la poesía misma, en medio de sus brillantes ruinas, donde nada hay todavía que no sea mármol y oro, cielo y agua, cantos y hechizos, góndolas y amor.

Algunos dias permanecí en aquella aristocrática ciudad, donde creyó Manin poder fundar en nuestros dias una república democrática ; torné despues á tomar el camino de Milan, y volví á entrar en Francia por el lago Maggiore, las islas Borromeas y el Simplon.

Mi trabajo estaba terminado.

Y ahora debo declarar que en todas partes he encontrado auxilio y apoyo en mis investigaciones. “ ¡ La verdad ! la verdad ! ” tal era el grito que hacian resonar en mis oidos todas las comuniones políticas ; y á unos y á otros escuchaba yo, estudiando todas las opiniones.

Jamas me he apoyado en el testimonio de *una sola persona,* ni en las páginas de *un solo documento.* Para cada hecho he escuchado multitud de voces diversas y no menor cantidad de escritos diferentes. He acopiado un grande cúmulo de materiales ; he prestado atencion á millares de narraciones, y he consultado tanto á los testigos como á los jueces. Despues de haber interrogado á mi conciencia, y refiriéndome á las decisiones de la opinion pública acerca de muchos acontecimientos y de muchos hombres,

“ *He visto ; he escuchado ; he escrito.* ”

Post-scriptum.—Despues de publicada la *Italia Roja* ha dado á la estampa un jóven escritor, el señor baron de Hervey, un libro sobre la revolucion de Nápoles, el cual lleva por nombre : *Un Rey.* Será el complemento de éste, porque ha tratado el mismo asunto bajo un punto de vista diferente, y con notable habilidad.

